

ALFONSO ZAWADZKY

PRESBITERO

DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

EL
P. PEDRO HERRERA

FRANCISCANO

PRO CER CALEÑO



(1757-1829)

BOGOTÁ

EDITORIAL DE CROMOS



Fr. PEDRO HERRERA,
signatario del Acta del 3 de julio de 1810, en
Cali.

ALFONSO ZAWADZKY

PREBITERO

DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

**EL
P. PEDRO HERRERA**

FRANCISCANO



(1757-1829)

BOGOTÁ

EDITORIAL DE CROMOS

OBRAS HISTORICAS DEL MISMO AUTOR

Frailles caleños patriotas (1910).

Apuntaciones cronológico-biográficas para la historia del convento de San Francisco de Cali (1911).

Tres obispos caleños (1912).

Necrología de San Francisco de Cali (1915).

El Arzobispo Arbeláez (1915).

Apuntaciones históricas de Ubaté (1916).

La campaña de los llanos (1916).

El Clero en la Independencia, obra laureada (1917).

La esposa de un prócer rosarista (1917).

El Monasterio de la Concepción (1917).

De historia Franciscana (1917).

El asesinato de Sucre (artículos de polémica 1922).

Recuerdos de la época del terror (1922).

La Batalla de Cariaco (1922).

Pichincha (1922).

La Parroquia de Santiago de Cali (1922).

Apuntaciones para la biografía del P. J. J. Escobar (1928).

El obispo Cuero y Caycedo (1928).

Labor periodística propia de 1924 a 1929 en "Dios y Patria".

Artículos historiales en diversos periódicos y revistas.

FUENTES

- Archivo conventual—*Actas de profesión y del discretorio*
Archivo de la Universidad de Popayán, papeles varios.
Archivo Nacional. Bogotá. Colonia y Repúblicas, Curas y Obispos.
Archivo del Colegio del Rosario. Actas e informaciones.
Archivo Municipal de Cali. Diversos.
Archivo de la Curia de Quito—Ordenaciones.
Archivo del Autor, papeles autógrafos.
Archivo de la Tercera. Bogotá, tomo XV.

BIBLIOGRAFIA

Fray Fernando Cuero. Oración fúnebre en los funerales del Padre Herrera (Rionegro 1832).

A. Zawadzky. El clero en la Independencia, segunda parte (1917) frailes ca-
leños patriotas (1910). Necrología de san Francisco de Cali (1915) La Parroquia
de Santiago de Cali 1922). Revista del Colegio Mayor del Rosario, número 117,
(1916). Y otros escritos del autor.

G. Arboleda. Diccionario, etc. (segunda edición).

E. Palacios (imprensa E. P. 1870). *Solicitud al Congreso, etc.*

GENEALOGIA

Pedro José

legítimo

de

Don José de Herrera del Campo y doña María Teresa Domínguez de Riascos.

Abuelos paternos

Manuel Herrera y Francisca del Campo.

Maternos

Francisco Domínguez de Riascos, español, y doña Petronila del Pozo.

Doña Francisca del Campo fue legítima de don Francisco Leonardo del Campo, alguacil mayor del Santo Oficio, y doña Mariana Vaca de Ortega, legítima de don Manuel Vaca y doña Teresa Silva "personas de notoria distinción".

Doña Petronila del Pozo, fue legítima de don Alonso Pérez del Pozo, de Castilla, y doña Magdalena Piedrahita, legítima de don Juan Andrés Piedrahita y doña María Núñez de Rojas, todos nobles.

El señor Vicario y Juez eclesiástico presbítero don Juan Antonio Riascos, era hermano de doña Teresa, esposa de don José de Herrera.

Don José fue Alférez de infantería española, familiar del Santo Oficio de la inquisición y Alcalde ordinario más antiguo de Cali.

CENTENARIO DE UN PROCER

FRAY PEDRO HERRERA, PROCER CALEÑO.—(1757-1829)

Se ha dicho con razón, que la historia o biografía de los fundadores de una nacionalidad es la matriz del Estado.

Tal vez valiera hoy esta afirmación, sin fisonomía de postulado, por su relatividad. La estructura de la nacionalidad colombiana sufre algún raro quebranto. Revisar el valor de la matriz de la República puede ser conveniente. Y la matriz de nuestra República es su historia.

La individualidad destacada de cada uno de los creadores de nuestra libertad es un faro de orientaciones del patriotismo que no se ha cotizado en la feria del mercantilismo nacionalista de la hora actual.

La vida de los grandes hombres que hicieron la gestación de nuestro derecho es una fuerza generatriz o de biogenia espiritual que produce saludables reacciones en nuestra morbosidad proclive y amenazadora.

Consagrar a la memoria de los hombres verticales de la democracia un leve recuerdo siquiera, es rendir tributo a la justicia y honores a la verdad. Sus vidas irradian luces que enderezan nuestra marcha y ennortan nuestras aspiraciones de progreso hacia un punto de convergencia triunfal. Sus nombres, vibrados por el recuerdo, al correr de los años, hacen en el alma regeneraciones fuertes y vitales y vigorizan las unidades de honorabilidad en la vida del país, a fin de no dejar claudicar la dignidad, y hacerla ocupar su trono de ley y mando en las conciencias no contaminadas por la infección de los valores y de las ofertas de los que cantan su genealogía en el comedor de Esaú y en la mesa del Iscariote.

La Epopeya colombiana tiene valores mentales y morales que no bajan. Y su historia es precisamente la eterna lección saludable que ilustra y que forma los caracteres sustantivos, que prolongan a través del tiempo la obra creadora de nuestra libertad política.

* * *

Unas líneas breves y rápidas—corto capítulo de recuerdos—consagradas en esta fecha del centenario primero de su muerte, son la expresión sonora y nítida con que queremos honrar la personalidad de un insurgente criollo, de fisonomía espiritual simpatísimas, ya que ella presenta los contornos del carácter de los hombres vigorosos, que miran de frente, aman la verdad, cumplen

el deber, sirven a la Patria y no traicionan los fueros morales de la humanidad viajera en la búsqueda incesante de la cifra de su progreso y bienestar. Toda ella, su vida, se desenvolvió con la progresiva resonancia de un acorde perfecto en la armonía del arte en que fueron genios creadores Beethoven, Mozart y Verdi. Nacido bajo los auspicios de un hogar de ejecutorias limpias, heredero de sangre vigorosa, sin hematías gestadoras de la tara humillante del delito, nimbado con la luz preclara de talentos y de dones de naturaleza superiores, se irguió un día en Cali la figura, espiritualmente hermosa, de don Pedro Herrera y Riascos, joven distinguido, pulcro en sus maneras y prometededor de llegar a ser unidad de gracia y honor para su apellido y para la ciudad en cuyos senos se mecía su cuna.



Fray FERNANDO LARREA,
profeta del P. Herrera.

Los padres del señor Herrera y Riascos, cuando éste apenas balbucía las primeras palabras, sintieron el prelude del concierto de su vida, pues un varón insigne, que recorrió en andanzas misioneras desde Paita, en el antiguo reino del Perú hasta Cartagena de Indias y San Gil en la Nueva Granada, predijoles que el chiquillo era un predestinado para honrar su generación y su patria. Tales vaticinios hizoles Fray Fernando de Jesús Larrea, ilustre quiteño, cuya familia tenía raigambres de gloriosa estirpe en las familias linajudas de su época en Quito y en Santafé.

* *

Pasados los años, destacó su personalidad el señor Herrera en los claustros del Colegio del Rosario. Allí, el sabio Mutis distinguió al talentoso becado, cuya hoga nunca fue maculada por la indignidad, pues a la superioridad de su talento, el insigne rosarista unió la austeridad de una conducta sin tacha que jamás pudo merecer ni mínimo reproche. Laureado en ambos derechos salió de los claustros de Fray Cristóbal de Torres, pasado el año de 1781, sin otras ambiciones que las de esculturar su espíritu con la estética de la sabiduría y de la virtud genuina.

El señor Herrera había descollado como matemático y geometra. Su privilegiada inclinación a las ciencias exactas le mereció particulares muestras de aprecio de parte del sabio Mutis, su maestro magnífico y experto. Esa exactitud del matemático fue el buril pulidor que estructuró la belleza de su alma íntegra, similar a un poliedro de facetas tersas de mármol antiguo homogéneo. La ciencia del derecho no fue para el doctor Herrera un conductor estéril o una fuente seca. Su espíritu, ávido de justicia y de libertad sin temores y equívocos de doctrina, se orientó hacia los panoramas luminosos de la independencia, quiso hacer, la hizo, profundizó con el razonamiento, como sociólogo examinó la superficie de la constitución de su época y, no solamente adivinó sino que sintió las convulsiones que traerían en breve una transformación, cuya génesis no fueron meramente los movimientos de repercusión de la revolución francesa, sino otros factores internos de la propia estructura desvencijada de la monarquía española.

El ambiente profano no le fue propicio a su alma refinada en la pulcritud austera de los varones sin tacha, obradores de justicia y secuaces serenos e invictos de las huellas de la verdad, divino sol que irradia directamente sus claridades sobre cada uno de los dominios individuales de los humanos viajeros de la vida. Por eso, reconcentrado en su castillo interior, a fines de la penúltima década del siglo XVIII, sediento de algo más sabroso y fresco que las monótonas disquisiciones del foro y de la audiencia, enderezó sus pasos hacia un claustro, remanso sereno y límpido, en donde su alma pudiera dilatar la visión de la libertad verdadera y expandirse por los dominios sagrados de la sabiduría y de la práctica de la virtud, como anhelo satisfecho de interior perfección espiritual.

Su posición social no fue óbice intranqueable para detener su carrera, determinativa de futuros triunfos, que lo destacarían como uno de los hombres sustantivos de su época. No hubo aliado fuerte que obtuviera en el doctor Herrera cambio de rumbo. Su ideología era definida, fruto de asimilación, y su propósito era la expresión gallarda de una libertad que obra, decidida, porque ha precedido un consejo de investigación honda, no superficial, de la mente, en los problemas que debe resolver el humano espíritu para el logro de sus aspiraciones de dicha y de paz, de placer y gloria y de sed inmitigada de perfección superior y trascendente.

Tres lustros apenas corridos de su vida tenía, cuando el doctor Herrera, el día preciso de su natalicio, 29 de junio de 1783, en cierta tarde de cielo diáfano, tocó en la portería del convento de San Francisco de Cali. Salió a recibirlo un fraile penitente, que dejó en aquellos claustros fama de virtud, aroma del cielo en los vergeles de los espíritus vencedores, guardián a la sazón de su comunidad, de nombre Fray Claudio Salcedo, oriundo del Ecuador. Al cerrarse la vetusta puerta, el doctor Herrera dejaba detrás todo un mundo de promesas y seducciones halagadoras para cualquier espíritu juvenil. Su carácter se perfilaba con fuertes líneas de dominio superior. Nada le embelesaba en las glorias de abogado de la real audiencia, ni tampoco le seducía el brillo de su abolengo ni la gloria castellana de su linaje, repujado como los vasos de plata antigua, con heráldica de efímeras glorias y caducos títulos, que desaparecen, como la luz de los meteoros, en la inestabilidad voluble de las cosas humanas que florecen y fenececen casi en un mismo instante fugaz.

El claustro adquirió un valor y una preciosa unidad de representación sustantiva, que acababan de perder el foro y el mundo social. La escena del ingreso en el claustro tuvo un encanto, que destaca sin sombras la bella silueta del joven abogado desengañado, viajero esquivo que llegaba a la bonanza del puerto, guiado por timonero que no se arredró durante la bravía tormenta de los sentimentalismos de familia y de las poquedades que ofrecen las convenciones de los puestos de fama en los gobiernos y la política mundana de cortes, audiencias y tribunales. El doctor Herrera dejó a la voluntad de Fray Claudio Salcedo la elección del estado en que se le quisiera recibir, una vez que sus carnes quedarán cubiertas con el sayal hispido del franciscano y su espíritu se viera navegando feliz, viento en popa, por los mundos trascendentes de la vida de una moral menos vaga que la del convencionalismo del foro. Bella lección de virtud y de decisión fuerte nos dio ese benemérito togado. Su propósito, al encerrarse en el claustro, indicaba la comprensión real que el doctor Herrera tenía de la verdad moral. Para sus títulos y su linaje y sus aspiraciones, lo mismo era quedar de lego cocinero que de fraile de coro para después ser sacerdote.

El guardián supo elegir, porque supo conocer el valor que tenía a la vista. No era un tesoro oculto. La personalidad del doctor Herrera ya era notoria y ampliamente conocida. No era una simple fosforescencia de oportunismo. Era la expresión de una realidad sonora, bella, sin adehalas y arrebujos, flor que abría sus broches y dejaba conocer la preciosidad del interior de su cáliz y de la policromía de sus pétalos inmarchitables, porque habían tomado de la savia de la verdad y de la luminosidad del amor transformativo de lo divino, de lo ideal, de lo que no se aja, de lo que tiene los vigores de la inmortalidad.

Y en verdad que la esperanza tuvo la plena confirmación de los hechos, que escultaran como artífices, la integridad de los espíritus que saben apreciar los valores supremos del atributo de la

libertad moral del hombre. Ya no fue el doctor Herrera más que el humilde Fray Pedro de la Cruz, cuyo maestro de noviciado, del mismo apellido de su discípulo, varón de rara perspicacia espiritual, no tuvo otra labor que hacer que dejar caminar con paso firme al que se presentaba como hombre de superior espiritualidad. Si usáramos de un gracejo de palabras, diríamos que eran dos herreros con martillos de oro que forjaban la inescrutada belleza de lo divino en los yunques de una libertad de fuerte envergadura psíquica.

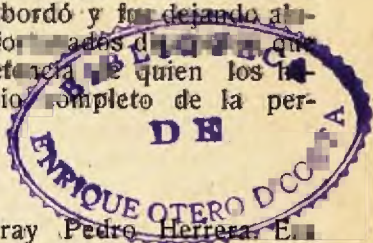
Fray Pedro Herrera presto apareció en el estadio de lo operativo. El sacerdocio nimbó su alma. Mas esos halos de claridad inextinguible jamás sirvieron para más, como era de esperarse en tal varonía, que para engrandecer a quien se había presentado con talla de gigante espiritual. Sus labios se abrieron en la cátedra de la facultad, para guiar mentes, y su oratoria sagrada, fecunda, copiosa, dueña de la gramática y de todos los adjetivos cervantinos, en el púlpito de los templos, presentó a los oyentes la doctrina incontaminada, con lógica irrefragable, demostrada, amable, para decidir a cualquiera a abroquelarse como él con los escudos de la santidad y de la práctica austera de virtudes acendradas en crisol de estudios y de meditación profunda.

Premio al mérito auténtico fue esa escalinata de honores que su Orden le fabricó para verlo ascender a la cúspide de la gloria. Desde ser maestro de novicios y Guardián en repetidos períodos, hasta Prefecto de Misiones y Visitador y Presidente de Capítulo. Las cátedras conventuales le fueron plinto soberano a su sabiduría que en humanidades, ciencias eclesiásticas, derecho e historia, como río fué de madre, se desbordó y fue dejando aflujos prolíficos en el intelecto de sus alumnos, a los que dieron pruebas irrefragables de la competencia de quien los había iniciado en las ciencias y en el estudio completo de la perfección integral del individuo humano.

**

No fue solamente para el claustro Fray Pedro Herrera. En una ciudad de arquitectura divina, edificada sobre la cumbre de una montaña excelsa. No podía esconderse el tesoro de su alma a las miradas de la muchedumbre ávida y sedienta de luz y de amor al bien.

Desde sus días de becado en el claustro del Rosario había delineado su personalidad independiente y creándose un criterio recto y aplomado en política. Su estrictez católica doctrinaria no puso valladares a la amplitud de miradas escrutantes hacia un futuro de redención. El contacto con cerebros precursores de la magna lucha que precedió a la epopeya del cóndor, preparó al Padre Herrera. Cuando en Quito vibró la onda sonora de la revolución que se extendía en Suramérica, el hecho insólito entonces producido por tan altanero gesto de superbia insurgente criolla, puso en congoja a los pávidos y a los maniatados al dogal del prejuicio en la noche irredenta de la colonia. Muchos caleños no pu-



dieron despejar la incógnita y temieron, y ante la vacilación, decidieron buscar la palabra del experto rosarista, ya poderoso faro de doctrina y de vigor moral en la conciencia de la ciudad gloriosa. Un día, inciertos por la opacidad del horizonte y la corteza visual de aquellos bisoños e inexpertos políticos, acudieron a la sala conventual. Salió el franciscano laureado, que abandonó el mundo para amar más a los hombres y salvarlos del naufragio de la época. Ellos creyeron un mero crimen lo de la conjuración de Quito. Menos Fray Pedro Herrera y el inclito e impertérrito prócer doctor Fr. José Joaquín Escobar, su coterráneo y hermano de hábito e ideas republicanas. Consultado, con timbrada voz y seguro criterio, dijo a sus amigos sin vacilar, en relación con la trascendencia de aquellos solemnes acontecimientos, en los cuales intervino en el propio teatro de los hechos, el pomposo e ilustre caleño, Ilustrísimo señor doctor don José de Cuero y Cayzedo, obispo de la ciudad: *Levantad vuestras cabezas, porque ya se acerca la hora de vuestra redención.* La gramaticidad de esta afirmación en la boca de aquel letrado e insigne político y hombre de virtud, define un hecho que ha hecho vacilar a no pocos historiadores. El Padre Herrera miraba hacia horizonte limpio. Probaba su experta dexteridad como sociólogo y demostraba que era político de buen fuste. Los hechos desarrollados en el periodo de diez años fueron magnífica probanza de la afirmación del austero franciscano.

*
**

La revolución emancipadora que creó nuestra nacionalidad, definió sus tendencias irreductibles en el Valle. La personalidad del prócer Vallecilla, erecta, inflexible, pulida, tersa, valerosa y cuando retos a los sátrapas del vandalaje pacifista, contradice la inanidad de ciertas débiles afirmaciones de algunos historiadores que no han querido ver en los gritos rebeldes del año de 1810 nada más que una manifestación esporádica de inconformidad. No han analizado los hechos radiantes de varios sectores, sucedidos en la colonia americana. La visión del Padre Herrera era tan cierta, tan exacta, sobre la verdad de la política insurgente de las milicias criollas, que cuando en el año 1816, pasado el desastre de las armas republicanas, cundió el miedo y la vacilación de los luchadores y sus adeptos, especialmente por causa del gesto maldito del soldado cruel de la pacificación y la reconquista, el Padre Herrera, enfrentado al tirano, irrumpió con las siguientes palabras, de valor histórico altísimo, que debieran ser esculpidas en oro al pie del mármol con que la ciudad materna habrá de exaltar y premiar los méritos del ilustre prócer e hijo epónimo y glorioso:

«Está decretada en el cielo la libertad de *América* y este es el tiempo de verificarse; y cuando no tengamos hombres, vendrán ángeles a ejecutar este decreto».

Nunca sabremos subrayar lo bastante la trascendencia de la afirmación rotunda del inclito franciscano, uno de los exponen-

tes más valiosos del criollismo bravío de entonces entre el clero vallecaucano, en medio del cual hubo realistas de temple acerado y feroz, tal como el del fraile dominico, natural de Buga, Fray Andrés Sarmiento, verdadero exterminador de insurgentes, alma no polarizada hacia la restauración del hombre colonial como la de su cohermano en religión, el celeberrimo y nunca bien ponderado coronel Fray Ignacio Mariño, chocontano, preciosa gema de la bandera de la insurgencia, prueba de infinito relieve en la grandiosidad de la Epopeya colombiana de lo que sirvió el sacerdote católico real al gobierno naciente de la República surgida en las dianas del puente de Boyacá, la del negro Rondón.

El Valle formó un sector defensivo contra la incursión agresiva de Tacón y Rosique, a quien la historia tiene que diplomar como el tenaz gobernador de Popayán que mantuvo en ondulación desafiante la bandera de su Rey y Señor, provocando así a la insurgencia indómita de las ciudades federadas del Valle a sustentar con fiereza sus trincheras y a no manchar las glorias de la batalla de Palacé, iniciadora de lides en que los bravos vencieron a los escudados con leones de Castilla y con broqueles de oro imperialista. Cuando sonó el grito del 20 de julio de 1810, ya en el Valle soleado divinamente había corrido en todos los circuitos espirituales la onda revolucionaria del grito del 3 de julio del mismo año en el Cabildo caleño. Hasta ahora un criterio parcialista había glorificado a Popayán como centro de erupciones insurgentes. Se confundió la bronca voz del Puracé con lo que no era insurgencia erguida hacia la bandera de las reivindicaciones republicanas. Precisamente en Popayán se levantó la sede del más crudo e irreductible realismo. Bastábale su gobernador, gran estratega. Pero, fue reforzada en sus fortalezas cuando Tacón y Rosique faltó. Fue el Obispo don Salvador Jiménez de Enciso Cobos Padilla, más tarde, el gran sustentáculo de la intransigencia realista en aquel temible sector, tan erizado de peligros espirituales, como de materiales eran los que circundaban el tozudo amor al rey de los fidelísimos pastusos. El raro ingenio del señor Jiménez, su elocuencia y el orgullo de su nobleza blasonada, se pusieron al servicio de la causa. Y aquello fue un recio lidiar para derribar el alcázar político. Pero todo en vano.

Raros contrastes. El convento de Cali, el de los franciscanos, fue como el epicentro del ardor revolucionario insurgente. Así hubo de confesarlo el Cabildo en documentos oficiales al Gobierno central. Y los mismos frailes, en Popayán, fueron el rompecabezas para la penetración de la idea de emancipación. Todas las tentativas fracasaron. El autor de *Santa Fe Cautiva* narra con pinceladas gruesas y de honda querella chillona los martirios a que se vieron sometidos los franciscanos de dicho convento. Hay que especificar, que sus guardianes y prefectos eran españoles. Este factor explica la divergencia. En tanto que en Cali el único fraile español que había hubo de emigrar rápidamente, porque la presión atmosférica de su convento le era fatal. Casos curiosos. El Padre Fray Antonio González, signatario del acta del 20 de julio de 1810,

en Bogotá, era español o chapetón puro, si mal no recordamos, asturiano, muy virtuoso, sufrió muchos percances, y parece que los criollos de su convento le pullaron. Dice la historia que llegó a ser confesor de don Juan Sámano, toda una calamidad para un confesor de conciencia recta. En Bogotá se impuso por su ardoroso patriotismo el Padre Antonio Florido, payanés. Y en Popayán, toda una comunidad de franciscanos, por tener guardián peninsular, rindió armas al Rey, no obstante haber entre ellos nativos de Popayán y de Buga. Berroqueña muralla fue el clero payanés, y no solamente el clero, que destacados hombres, que figuraron más tarde como patricios en la República, inclusive el general Tomás Cipriano de Mosquera, fueron conversos o tráfugas, como López y Obando, de las huestes realistas. Los padres Racines y Piedrahita no pertenecen al inicio de la campaña insurgente, y aunque vivieron en los claustros de Popayán, fueron patriotas beneméritos de la insurgencia invicta. El primero era de Buga. El otro, hijo de Cali.

* * *

El Padre Herrera no fue un simple contemplativo de la guerra magna. Su intervención fue de efectividad inmediata. Cuando el 3 de julio y el 20 del mismo mes del año 1810, era guardián de su convento o colegio de Misiones. No hubo en su alma nobilísima un instante de vacilación. Adhirió fuertemente al movimiento. Su contacto con el doctor Herrera y Vergara, el vigoroso político caleño residente en Santafé, era íntimo por larga y menuda correspondencia. En la preparación del triunfo de Palacé, el Padre Herrera tuvo influencia decisiva. En su carácter de Vicepresidente de las Asambleas republicanas actuó de frente con sus dos egregios compañeros el prócer mártir, doctor don Joaquín de Cayzedo y Cuero y el Padre Fray José Joaquín Escobar, perenne vibración revolucionaria, tribuno candente, elocuencia fustigadora y punyente, insurgente que probó de Cali a la Guaira y de Puerto Cabello a España las amarguras de la confinación, el tacón de los tiranos vengativos, para caer a su regreso, en San José de Cúcuta, rendido por las penalidades, hecho el sacrificio precioso de su existencia y ofrendado el tributo divino de la acción sustantiva a la bandera de la libertad.

En la federación de las ciudades del Valle para derrocar el poderío de Tacón y Rosique, el voto de Fray Pedro Herrera era decisivo. Su palabra de sabio, certera, ponderada y oportuna para cada situación delicada, hizole acreedor a enormes simpatías entre los caucanos federados. La alianza sagrada chupó la sabia cohesiva en la tríplice potencia de luz y acción de Cayzedo, Escobar y Herrera. Versación completa en los asuntos de la lucha, capacitó siempre al Padre Herrera para intervenir con acierto y sin eufemismos. Los revolucionarios nunca vacilaron en obrar cuando habían oído la palabra del egregio sacerdote intelectual. La virtud era una aureola de superioridad visible que reafirmaba en sus amigos la certidumbre que los consejos de su sabia palabra les pon-

ducia. Los hombres de superior inteligencia saben penetrar triunfalmente. El despliegue de sus labios era un oriente de claridad para los que le escuchaban, ávidos de luz y del dón del acierto. Cali fue un centro de convergencias durante el año de 1810 y en el siguiente. Se nos antoja una frase para describir lo que allí pasaba: el convento en donde vivían el Padre Herrera y el Padre Escobar era como la estación radiofusora de la insurgencia vallecaucana.

La ciudad sintió la transformación súbita. Los que enantes vacilaron se decidían varonilmente. El valor no fue mera leyenda. Los hijos de la revolución se entrenaban para la lid como los gauchos de las pampas para las correrías en sus chúcaros caballos. Registra la biografía toda una nómina de valerosos campeones de la libertad en el Cauca de historia gloriosa en la magna gesta inmortal. Los conductores espirituales, los que presentan en líneas las ideas y la batalla de los principios, combatientes soberanos con el acero de la lógica, son siempre quienes deciden admirablemente las victorias de la libertad y de la civilización. Las etapas en la creación de nuestra nacionalidad presentan siempre a los cerebros a la vanguardia. Nariño y Torres, Mutis y Rosillo, Herrera y Vergara con los que desde 1794 habían prendido chispas en los claustros del Rosario, representan el éxito de la acción. En las jornadas por la creación de la libertad de los continentes, los cerebros son la vanguardia de las espadas. Las arengas siempre han llevado a los soldados triunfadores al combate. La Epopeya colombiana es la glorificación de los conductores intelectuales. Los tórculos que imprimieron la osadía de Nariño tuvieron más poder de acción que la espada del mismo Nariño. Bolívar siempre fue grande cuando se hizo preceder por la centella de su palabra genial antes de librar las grandes batallas de la libertad.

El sector revolucionario del Valle federado venció la resistencia de las murallas del Guáitara y del Juanambú. Si Bolívar no hubiera confiado la arriesgada empresa del Sur a su talento con un plan de palabras en su famosa carta al Obispo Jiménez, jamás su espada habría logrado la espléndida jornada que hizo de un mitrado irreducible el más elogioso panegirista del inmortal Libertador caraqueño.

La acción intelectual del Padre Herrera unida a la elocuencia inquietante del Padre Escobar, fue la forjadora de almas invictas en los días iniciales de nuestra emancipación y durante las aciagas jornadas de la reconquista española en el año de 1816. Hay que mirar en conjunto todo el sombrío panorama que presenta la desbandada después de Cachirí. Los más recios valores de la insurgencia estuvieron a punto de perecer. Hubo vacilaciones y hubo claudicaciones. Los archivos reservan sorpresas que cierto criterio pragmatista en la historia colombiana impide revelar. Menguado método que mutila la fisonomía de muchos próceres y desperfila la grandeza de auténticos servidores de la Patria grande.

* * *

La jura de 1813 constituye una ignominia para la insurgencia. Sostenemos nuestra afirmación hecha alguna vez en otra obra. La piedra que en el ya derruido edificio de la municipalidad de Cali historiaba la fecha de aquel acontecimiento en la ciudad, es un resto del naufragio de los valores morales que produjo la procelosa actitud de los reconquistadores. Si la grafología es un auxiliar del historiógrafo, hay que convenir en que muchos de los grafismos en los documentos que guardan las firmas autógrafas, denuncian timidez, miedo, vacilación, indecisión y cobardía. Cuántos rasgos están clamando verdades que no constan en semblanzas imposibles de escribir!...

Jamás el Padre Herrera firmó la Jura ignominiosa. Increíble hubiera sido que un hombre de tal envergadura ideológica se hubiese decidido a rendir parias al tirano opaco y cruel. Inquietos, con diligente nerviosidad, hicimos la búsqueda en uno y otro documento, deseosos de salir de la incertidumbre en que navegaba nuestra simpatía al prócer franciscano. Las actas conservadas nos dicen la verdad. Y la cronología del insurgente austero confirma la verdad, porque al tiempo de la Jura vivía como miembro conventual de su comunidad. Esto era en el año 1813, por noviembre. La historia de la jura presenta a los eclesiásticos casi todos rendidos. Cuatro franciscanos sobresalientes en la agitada vida de la insurgencia en el Cauca, no pusieron sus firmas al pie de las actas de sumisión. Eran el Padre Herrera, el Padre Escobar, la figura prestigiosa, el futuro Obispo de Popayán Fray Fernando Cuero y el padre Fray José Ignacio Ortiz, a quien debe Cali el puente histórico sobre el río y la introducción de la primera imprenta.

La República decretará honores a esos inclitos, especie de pardojas de la revolución que volcaba un trono y fundaba una democracia turbulenta?

* * *

La acción de la palabra franciscana fue intensa, poderosa y fecunda. El Padre Herrera habló en las asambleas populares y en las Juntas de gobierno. Cali no fue su teatro único, recorrió algunas poblaciones. El padre Escobar dilató su impetuosa verbosidad republicana. De las tribunas levantadas en las calles de la ciudad materna pasó a lo largo y a lo ancho del Valle inmenso. Cartago, Toro, Buga, Tuluá, hacia el Sur Popayán, y de allí, una penetración hasta más allá de la ciudad de la Plata. Y hacia el Norte, el intrépido invasor llegó hasta el corazón de la Provincia de Antioquia. Los pueblos escucharon la palabra férvida de ese grupo valiente que salvó la República en los días angustiosos de la reconquista cruel y sanguinaria. La racha del exterminio no pudo abatir la erecta personalidad de Fray Pedro Herrera y del padre Escobar. Los esbirros persiguieron sin tregua a quienes por sus ejecutorias espirituales salvaban a los inscritos en las filas de la insurgencia redentora. De modo providencial escaparon los

padres Ortiz y Cuero, compañeros del padre Herrera en la obra de liberación emprendida con decisión incontenible y con arrojo temerario.

*
**

La independendencia tuvo en el sector del Valle entero, sobre los sacerdotes de ambos cleros, enemigos pavorosos e irreconciliables. Y la Curia de Popayán no parecía más que el cuartel general de los adictos al Rey vencido. Aventuras tuvieron, cuando Bolívar rindió el corazón del señor Obispo Jiménez, varios sacerdotes. Muy curiosa fue la del secuestro de los baúles del señor canónigo Urrutia. Al fin hubieron, muchos de los irreductibles, de rendirse y seguir la conducta de su Prelado magnánimo.

No fue estéril la labor intensa del padre Herrera. Los frutos copiosos de redención probaron la fecundidad de su bravia palabra convincente y orientadora de la opinión. En los días duros y ásperos de la persecución del atrabiliario Sámano, el Valle permaneció presionado espiritualmente. A precio de oro ofrecía el cobarde ex-Virrey pagar la cabeza del Vicario don Andrés Ordóñez, el intrépido clérigo que simuló en memorable ocasión con guadas cañones formidables. Lo que era su insurgencial Perseguidos fueron Herrera, Ortiz, Escobar y Cuero, cuatro franciscanos de temple indomable, de corajuda voluntad y de ánimo impetuoso para echar al tirano en su propia cara el escarnio merecido por su impudencia temeraria y por su crueldad de ogro y jaguar.

*
**

La tenacidad perseverante e invicta de todo apóstol en su obra hay que explicarla en los antecedentes que han definido al individuo. La frase manoseada: el medio hace al hombre, a las claras indica una verdad palpada a diario en todos los caracteres y órdenes de la vida humana.

En el panorama de la Epopeya inmortal se destacan personalidades inconfundibles en todas las viceversas de la guerra. Opresa llevaron apretadamente la bandera de su idealidad insurgente. La desbandada en las derrotas nunca fue poderosa y fuerte, ni escollo para el patriota leal de aquella etapa de nuestra nacionalidad.

El claustro sagrado del Rosario, mirado hacia las postrimerías del siglo XVIII, nos da una clave de explicaciones espléndidas para afirmar más y mejor la razón potísima del republicanismo insurgente del padre Herrera. En los días de su vida de colegial becado en los venerandos claustros santificados por Caldas y Camilo Torres, se definió un grupo de individualidades que de allí salieron como emisarios de la revolución latente. Colegial fue Fray José Joaquín Escobar, que llegó a ser Vicerrector, Consiliario y Secretario del instituto; fue también su hermano el doctor Manuel Santos Escobar; ambos marcharon a la península desterrados en 1817. Compañeros de claustro colegial fueron también don Anto-

nio Gallardo, don Andrés Rosillo y Meruelo, después canónigo magistral, celeberrimo en la Independencia, don Vicente Rocha, don Ignacio Tejada y don Domingo Valenzuela. Don Sinforoso Mutis, el doctor Manuel Santiago Vallecilla y otros continuaron luego, o sea después de 1794, la cadena fuerte, el hilo inductor de las ideas revolucionarias.

El padre Herrera pertenecía, pues, a una selección espiritual acrisolada en una hornaza de fuerte y definida ideología revolucionaria. Los sujetos integrantes de aquel grupo marcan en la vida de lo que es hoy Santander, el Cauca y Antioquia, la acción vigorosa de sus ideas cuando regresaron a sus tierras con el apostolado de la renovación, peligroso y erizado de serias dificultades entonces. El fuego sagrado ardía en el Colegio del Rosario, cuyos muros y salas fueron mudos testigos de infinitas tragedias para la Patria en los días nefandos del terrorismo pacificador. Moldeados en matrices de análisis a la realidad política de la colonia en su régimen, ellos salieron definidos, perfilados, decididos, pujantes y vigorosos por la nueva savia de su ideología, listos, a afrontar en la lid la embestida represora del desquite de los sostenedores de la regencia. Audacia temeraria en aquellos días de analfabetismo adherido a una bandera y a un trapo. La idea de Patria había vibrado. Su sonoridad tónica había entusiasmado a esos renovados elementos, concreciones de la evolución de una espiritualidad. Era la hora de terminar un proceso histórico y de comenzar la etapa magnífica de la depuración para salvar la raza y no comprometer el futuro de todo un continente. La cuna de la civilización de América meciase ya al veleidoso viento de los tanteos y de las ofensivas. El sol asomaba sobre una cumbre, y comenzaba la irradiación de su luz soberana. La inmensa colectividad despertó sorprendida. Pero cuando aún no salía del estupor, Júpiter sopló con su racha taladora, y de los bosques de escombros emergió garrida la hermosura de la Patria libre.

Fray Pedro Herrera perteneció a esa generación, coetánea del Precursor Nariño. La central difusora fue la capital del Virreinato. Hacia las periferias voló súbito el rayo de luz. Y de las periferias al centro llegó la onda de compensación. Trabóse la lucha. El plan de unidad no pudo ser desmenuzado por la implacable persecución que el reino hizo en búsqueda de las cabezas directrices del movimiento. A tal punto llegó el enojo, que hasta la silueta de los papeles impresos era como conducida a la pira que todo lo reducía a pavesas.

Los servicios del prócer franciscano no han sido premiados por la posteridad. Precisa que el gobierno nacional se preocupe por dar una lección de amor a la verdadera historia patria.

Aquellos caracteres robustos, íntegros, de penetrante mirada sobre los problemas de la Patria, consagrados en el templo de una perenne laboriosidad, dignos por sus virtudes del elogio, modelos de austeridad republicana, magnánimos, valientes e impávidos ante el peligro, acorazados con la fortaleza que da el espíritu de sacrificio por el amor a una idea, limpios, fecundos en acción, sedientos de luz y ávidos de dejar a la posteridad la grandeza de-

finida de una nacionalidad formada con sangre de martirios y con extinción eterna de vidas generosas, son los sillares de la república, son los maestros del derecho, son los conductores de la libertad en la democracia, son los voceros del amor operativo a la Nación. A ellos debemos volver las miradas, como a radiadores de claridad en estas horas de angustias e incertidumbres, cuando sobre la grandeza del Capitolio aletean los cuervos fatídicos de los partidanismos parricidas.

En los próceres inmortales vive una fuerza vigorosa que puede hacer la reconstrucción de la República abatida.

* * *

El genuino amor patrio del benemérito padre Herrera no se limitó únicamente a los días de la guerra. Cuando el genio de Bolívar creó la República, los factores espirituales sustantivos concurren a vigorizar la nacionalidad. Los hombres de cerebro irradiaron sobre los conglomerados la luz de la idea. Las fronteras de una Nación no se definen únicamente con demarcaciones geográficas y con sectores étnicos. Es preciso formar y definir la ciudadanía.

Cerebración robusta, fuente rebosante de sabiduría, la del padre Herrera, puso al servicio del país todo el haber intelectual y toda la dinámica de su voluntad noble. Su compañero de claustro, el egregio patriota caleño, Fray Fernando Cuero, doctorado en Bogotá, vivió siempre en íntimo contacto con nuestro biografiado. Tocóle hablar sobre sus despojos mortales y hacer el elogio cálido y justiciero de los méritos, sabiduría y virtudes del esclarecido varón, servidor de la Patria en la ciudad materna. Fue constante preocupación la suya cooperar a la educación integral de la juventud. A pechos tomó la empresa del Colegio de Santa Librada en Cali, semillero de notabilidades en pretéritas épocas. No pocos fueron sus empeños hasta lograrse el Decreto del Ejecutivo Nacional en 1823. Desde entonces hasta su muerte, consagró al Colegio su vida entera. Cali sabe lo que representa Fray Pedro Herrera en la historia del glorioso Colegio. Tal amor era el suyo a la juventud, que por los oficios de cátedra no quiso más estipendio que la satisfacción de sus conciudadanos. Pobre y desprendido, hijo de una comunidad austera, nunca recibió sueldo por el profesorado. Como Rector del instituto se hizo conspicuo, pues mejoró el edificio, los gabinetes de estudio y los servicios de cátedras. Sucedió, en 1824, en el rectorado al ilustre doctor don Mariano del Campo y Larrahondo, colaborador de Caldas en el Semanario. El padre Herrera había regentado la cátedra de latinidad. Había prestado toda su alma a la vida de ese claustro incipiente. Le buscó rentas. Desplegó admirable celo en la formación de la juventud. Se hizo un benemérito de la Patria colombiana en aquel templo augusto de Minerva.

Es incontrovertible que la hoja de servicios prestados a la República por este egregio sacerdote en el ramo de la instrucción constituye para él uno de los títulos más gloriosos de honor

y una de las más auténticas probanzas de lo completo de su personalidad.

Así presenta el padre Herrera un tipo de grandeza propia, sólida y firme, pedestal granítico que lo eleva ante la historia y lo hace visible a la posteridad, sin que tenga necesidad de luz artificial para ser visto, porque brilla con luz propia, por usurpar una frase de la Biblia. El, poliedro magnífico de belleza espiritual y moral, a su vez sintetiza los anhelos de su comunidad en aquella etapa de la República y saca veraz al gobierno seccional cuando decía en informe de 1825, que el Convento de Cali había sido el foco potente del amor a la causa de la insurgencia y de la República.

Tales hechos y razones presentan en el alegato de la justicia vindicativa de los méritos del clero nacional colombiano, las pruebas irrefragables de sus servicios y la génesis de su derecho para poder intervenir en la sana política constructiva de la República. Porque el clero insurgente es una de las más ricas y fuertes aleaciones fundidas para formar pulida la matriz de la Patria de Bolívar y Santander.

*
* *

Hay una razón arquitectónica que se une al consorcio de otras muchas para hacer la apoteosis del Padre Herrera. Desde 1800 comenzó la construcción del grandioso templo de San Francisco en Cali. Fue la genial concepción del géometra franciscano el alma de aquella edificación de progreso, monumento de ornato perdurable, que da a la ciudad aspecto majestuoso y solemne y que constituye una de las obras más bellas de arquitectura religiosa de la República.

En los días agitados de la insurgencia, el Padre Herrera hacía las dos construcciones: levantar el templo a la gloria de Dios vivo y crear en las mente y en los pechos adoradores en espíritu y en verdad, ciudadanos que comprendieran cuán sublime es la libertad y cuán augusta es la Patria, cuya bandera es un símbolo divino al cual debe el libertado tribuciones sinceras y perennes de obediencia y de servicios constantes, como reciprocación mínima a los infinitos desvelos de los que en cruentación dolorosísima ofrendaron sus vidas para legarnos el patrimonio del derecho y de la nacionalidad.

El templo absorbió en el Padre Herrera todas sus atenciones carifios. Cuando en 1828, el Obispo Jiménez consagraba solemnemente la morada del Altísimo, el patriota ínclito recibió la premiación de su gigantesco esfuerzo, como una plenitud de gloria. Hay que darse cuenta de la magnitud de la obra y la época en que fueron edificados sus muros severos, para apreciar lo que hizo el Padre Herrera. Antes habíamos afirmado que los planos del templo eran obra del mismo Padre Herrera, pero más tarde nos cercioramos de que el ingenio del doctor Andrés Marcelino Arroyo, fue el trazador de los planos técnicos de la edificación grandiosa.

* * *

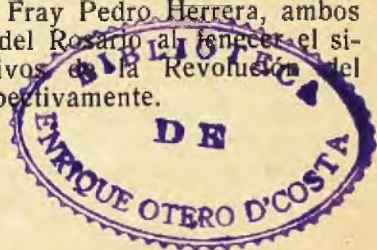
No es el espacio de un breve boceto el suficiente para apri-
sionar la fisonomía inconfundible de un hombre grande y merito-
rio. Espacio necesitaríamos para historiar por menudo todo lo que
abarca la vida de este franciscano ilustre.

Hombre de temple firme, austero en su vida, proyecta sobre
la posteridad claridades típicas. Nos asombran y edifican su genero-
sidad y consagración. Su amor al estudio confunde nuestra super-
ficialidad. Su política de prelado delinea todo un programa de go-
bierno para los que en uso de la autoridad no encuentran más
que un escotillón a sus pasiones. La sustantividad integral de su
individualidad es un reto a la mediocridad, de moda y boga en
la Patria, causa directa e inmediata de los fracasos legislativos.
Varón moderado, laborioso, penetrante, sin claudicaciones mora-
les, traza y marca un derrotero de patriotismo eficiente y condena
en silencio la prostitución que hacemos de la República con
nuestro desequilibrio moral y con nuestra anarquía espiritual. Des-
de su tumba, su recuerdo, la silueta de su personalidad insurgente,
consagrada al servicio incondicional de la Patria, nos habla y
nos dicta lecciones de probidad y de respeto a la bandera trico-
lor, casi pisoteada por nuestro patriotismo pacuviano y mercenario.
Cuán bello y raro ejemplar de patriotas auténticos y sinceros
es el Padre Herrera, digno de ser imitado, y cuya memoria
merece consagraciones duraderas para escuela objetiva de las ge-
neraciones republicanas de su Patria.

Si la historia debe dictar fallos justicieros, es la hora, pasa-
do un siglo de su desaparición de entre los vivos; es lapso su-
ficiente para que el gobierno nacional, que ha consagrado monu-
mentos a estaturas mediocres y menos proceras que la suya, repa-
re la indisciplinable preterición y decrete a Fray Pedro Herrera los
honores patrios en el bronce o en el mármol.

Con tenacidad venimos laborando hace diecinueve años hasta
que el anhelo sagrado de justicia que tenemos, que tiene Cali,
quede satisfecho. Y no se satisfará nunca, mientras erguidas no
contemple la ciudad en sus avenidas, perennizadas en el bronce,
las fisonomías proceras de los dos más bravos frailes insurgentes
del Sur, Fray José Joaquín Escobar y Fray Pedro Herrera, ambos
nutridos en los claustros del Colegio del Rosario al fin del si-
glo XVIII, y ambos servidores sustantivos de la Revolución del
año de 1810 al año 1821 y 1825, respectivamente.

Bogotá, 23 de octubre de 1929.



LINEAS COMPLEMENTARIAS

El Padre Herrera fue colegial convictor del Colegio del Rosario. Presentó su petición en solicitud de una de las becas arbitrarias, al Virrey don Manuel Antonio Flórez, el 2 de julio de 1776. El decreto fue expedido en seguida.

Para ingresar en el claustro, presentó la petición el 1.º de octubre de 1773. Decía: «Siendo mi inclinación la de seguir la carrera de las letras».

Fueron testigos informantes el Padre Manuel Ramos, hospitalario, y el presbítero Manuel Santos Escobar. Presentó la información completa levantada en Cali por su padre en diciembre de 1772. Fue aprobada el 8 de octubre de 1773.

El Padre Herrera obtuvo varios cargos cuando era colegial. Recibió la borla del doctorado en ambos derechos.

